

á buscaros, porque tengo otro negocio con vos.

D. Garc. Redondo, déjanos solos:

Redondo. Harélo con mucho agrado; que temo morir birlado, ya que Dios nos hizo bolos. (Vase.)

Marques. Déjanos solos, Ricardo.

Ricardo. ¿Dónde te veré despues?

Marqués. En Palacio. (Vase Ricardo.)

### ESCENA XVI.

#### EL MARQUES Y DON GARCÍA.

D. Garc. Ya, marques, vuestros intentos aguardo.

Marques. Yo os suplico, don García, que los vuestros me digais.

D. Garc. En esto, si no empezais, consumiremos el dia.

Marques. Porque vuestro gusto intento, me determino á empezar; pues cuanto tardo en hablar, tanto os quito de contento. Sabed, noble don García, que la libertad lozana, el nunca domado orgullo, la juvenil arrogancia con que pisé tantos años del amor ciego las armas, invidia de los galanes y cuidado de las damas, rindieron ya la cerviz á la sujecion tirana de una pena que me aplace, y de un placer que me mata. Ví los dos divinos ojos de la hermosa sevillana doña Leonor de Toledo: vílos al fin, esto basta; que, pues que vos habeis visto su belleza soberana, conoceréis los efectos por el poder de la causa. Apenas rompió mi pecho la flecha de amor dorada, cuando los celos se entraron por la misma herida al alma; que dos veces, Lara ilustre, os vi entrar á visitarla conociendo vuestras partes, su hermosura y mi desgracia;

pero los piadosos cielos, condolidos de mis ansias, con un desengaño breve serenaron la borrasca; pues con saber que há dos años que servis á doña Clara, vengo á tener por amigo al que enemigo juzgaba.

Ya sabeis que es deuda mia: pues vos entráis en su casa, y en ella están las dos prendas de nuestras dos esperanzas, ayudémonos: dé al otro cada cual lo que le falta, y démonos dos á dos esta amorosa batalla. Terciad por mí, don García, con Leonor; que mi palabra os doy de hacer cuanto pueda porque os dé la mano Clara.

D. Garc. Por la merced que me haceis os beso, marques, las plantas, y para servilla ofrezco cuanto pueda y cuanto valga; mas escuchad el intento y el fin para que os buscaba, y á la vuestra servirá de respuesta mi demanda. Cierta caballero noble, que la deidad idolatra de Leonor, y á dulces bodas anima sus esperanzas; teniendo ciertos indicios de vuestra amorosa llama, temeroso justamente de competencia tan alta, por mí os suplica, marques, que la antigüedad le valga, y la honrosa pretension, pues de ser su esposo trata; supuesto que aunque Leonor tiene calidad tan clara, por ser escudera y pobre, vos no querréis levantarla al tálamo suntuoso que mas feliz dueño aguarda, y con ilícitos fines debéis de solicitarla. Este es el caso, marques; y yo le dí la palabra de ayudarle; noble soy:

mirad si puedo quebralla.

Serviros es imposible;

engañaros, vil hazaña:

esto os respondo; que vos

respondais, es lo que falta.

Marques. ¿Puede saberse quién es ese amante?

D. Garc. La palabra

del secreto me pidió.

Marques. Si se la distes, guardadla.

D. Garc. ¿Qué respondeis?

Marques. Desistir

de intenciones declaradas

no pienso que suele dar

á los nobles alabanza,

y más cuando quien lo pide

encubre de mí la cara;

con que ni á la cortesía

ni á la amistad debo nada.

Alegarme antigüedad

para obligarme, no basta;

porque esa en la posesion

vale, mas no en la esperanza,

porque ajenas pretensiones

con razon puede estorbarlas,

no el que primero pretende,

mas el que primero alcanza.

Decir que el querer casarse

hace justa su demanda,

porque yo á ilícitos fines

debo de solicitarla,

ese es mucho adivinar:

y á doña Leonor agravia

quien piense que yo no debo

para mi esposa estimarla.

D. Garc. ¿Qué decís?

Marques. Será mi esposa;

y lo fuera, si gozara,

como un título poseo,

de la corona de España.

D. Garc. (Ap.) Perdido soy.

Marques. Don García,

de colores la mudanza

en vuestra cara, denota

turbaciones en el alma.

Parece que hacen en vos

sentimientos mis palabras,

mayores de los que suelen

obrar las ajenas causas.

D. Garc. Marques, las causas ajenas,

el que es noble, ó no se encarga dellas, ó tiene por propia su ventura ó su desgracia.

Marques. Correspondeis á quien sois; mas pues las partes contrarias haceis con doña Leonor; y son ella y doña Clara mis deudas, y sois galan, y ellas dos hermosas damas, con que pueden ofender vuestras visitas su fama; desde este momento son los humbrales de su casa vedados á vuestros piés, y á los ojos las ventanas.

D. Garc. Doña Clara es viuda, y es señora de sí, y se trata casamiento entre los dos.

Marques. Tratadlo sin visitarla.

D. Garc. No sois deudo tan cercano vos, que os obligue su guarda.

Marques. Á todos toca el remedio: que á todos toca la infamia, y son padres de sus deudos los señores de las casas. Pero cuando no, advertid que ya lo he intentado, y basta para empeñarme y correr por mi cuenta la venganza.

D. Garc. Habeis de advertir, marques, que si sois marques, soy Lara, que como yo, teneis vida, y yó como vos, espada. (Vase.)

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

#### DON FÉLIX, teniendo á DON GARCÍA.

D. Garc. Soldad.

D. Félix. No ireis, vive Dios,

D. Garc. ¿He de mostrar cobardía al marques?

D. Félix. Yo, don García, tengo de morir con vos; mas si el fin de resolveros es no perder la beldad de Leonor, no es necesidad perdella más con perderos?

- D. Garc. ¿Indicios de cobardía, siendo quien soy, he de dar?
- D. Félix. Esto no es sino guiar bien las cosas, don García. Tracemos cómo Leonor dé efecto á vuestra esperanza; que esa es la mayor venganza y el verdadero valor; pues si su bien le quitais, dos fines conseguiréis: mostrar que no lo temeis y gozar de quien amais. El que llevare á Leonor ese vence: en eso topa; porque el que guarda la ropa, solo es el buen nadador.
- D. Garc. En vano buscáis remedios; que el veniros á encontrar es fuerza, si he de pasar á los fines por los medios, sin visitalla, sin vella, sin servilla y sin hablalla, ¿cómo puedo yo obligalla? ¿cómo llegar á vencella?
- D. Félix. ¿No teneis amigos fieles? ¿No hay mensajeros discretos? ¿No hay medianeros secretos? ¿No hay recados? ¿No hay papeles? ¿No hay disfraces? ¿No hay espías? ¿No hay noches? ¿No hay á deshora hablar á vuestra señora, sin temáticas porfías? Buscar el inconveniente es notorio desvarío: en el mas pequeño rio no hay vado como la puente. El marques es poderoso: vos no: aunque tan caballero: de vuestro valiente acero confieso el valor famoso; y era ofensa declarada el querer impedir, si fuera cierto el reñir cuerpo á cuerpo en la estacada. No digo yo que ha de hacer el marques superchería, ni es razon; pero podría querer usar del poder; que puede al fin un señor, desvanecido en su alteza,

- dar título de grandeza á lo que ha sido temor: y aunque es fuerza confesaros que vuestra nobleza es tál, que no puede el marques con razon supeditaros; lo que en estado os excede y os aventaja en hacienda, basta para que pretenda daros á entender que puede. Y así arrojaros es loca intencion, mientras no es tanta el agua, que á la garganta pida paso por la boca. Si no podeis de otro modo con Leonor comunicaros, ahí será el determinaros y el aventurarlos todo.
- D. Garc. En tanto que la honra mia no peligré, seguiré vuestro consejo.
- D. Félix. Á mi fe fiad vuestro honor García.
- D. Garc. Trazad, pues, cómo á Leonor pueda yo ver.
- D. Félix. ¿Un papel no os escribió?
- D. Garc. Sí.
- D. Félix. Y en él ¿qué estado muestra su amor?
- D. Garc. Satisfacciones me envia. *(Dale un papel.)*
- Leedlo, con advertencia de que lo escribió en presencia de doña Clara su tia.
- D. Félix. *(Lee.)* "Mucho siento verme con vuestra merced tan mal acreditada, que no basten satisfacciones mias á celos mal fundados. Asegúrole que si le engañara, le desengañara. Mi tia es y ha de ser de vuestra merced, y remite la prueba de sus verdades á las obras. Y si con esto prosigue vuestra merced su enojo, será cierto que no se retira por celar, sino que cela por retirarse: y me holgara de verlo, para decirle muchas más verdades sin rebozo."
- D. Garc. Esa palabra declara que cuanto me escribe aquí, lo dice Leonor por sí,

hablando de doña Clara, conforme á la oculta seña entre los dos concertada.

- D. Félix. De esa suerte declarada, resolucion os enseña, pues dice que es y ha de ser vuestra.

D. Garc. Sí.

- D. Félix. Discretamente sabe decir lo que siente.

- D. Garc. Agudeza fué poner en el billete la seña, sin desdeir la razon.

- D. Félix. Hermosura y discrecion ablandarán una peña.

D. Garc. Esto supuesto, ¿qué haré?

- D. Félix. ¿Qué falta, si ya Leonor ha declarado su amor, sino que la mano os dé?

D. Garc. ¿Eso que no es nada!

- D. Félix. Pues si ella está ya declarada, ejecutarlo no es nada.

- D. Garc. ¡Ay don Félix! Lo más es, que en cosas tan de importancia, desde la resolucion á la misma ejecucion, es muy grande la distancia; y más en una mujer niña, doncella y honrada, encogida y recatada, á quien se le han de ofrecer inmensos inconvenientes con pensar que desafia la enemistad de su tia y el murmurar de las gentes. Y aumenta el temor cruel ver que no se resolvió, cuando ocasion se ofreció, á recibir un papel.

- D. Félix. Yo no os lo puedo negar; mas tambien se ha de entender que no hay de decir á hacer más de un grado que pasar. Ella ha dicho ya de sí: démos á la ejecucion tiempo, lugar y ocasion, y probáremos así las veras con que se abrasa.

D. Garc. Muy bien decis

- D. Félix. Yo daré

una traza, con que esté sola con vos en su casa, porque se ausente con vos, si su palabra desea cumplir, sin que el marques vea á ninguno de los dos.

D. Garc. Ya de vos la vida espero.

- D. Félix. En vuestro bien está el mio; *(Ap. Pues desesa suerte confio alcanzar á la que quiero.)* En vuestra casa esperad hasta que os avise.

D. Garc. Voy.

- D. Félix. La prueba habeis de ver hoy de mi ingenio y mi amistad. *(Vanse.)*

Sala en casa de doña Clara.

## ESCENA II.

LEONOR Y MENCIA.

Mencia. Determinarme procura, ó ser feliz desconfia; que nunca la cobardía dió abrazos á la ventura.

Leonor. No sé cómo es la pasion de que fatigar me veo, que me animo en el deseo, y tiemblo en la ejecucion. Siéntome abrasa por él, y cuando lo veo, siento que aun no tuve atrevimiento de recibir un papel.

Mencia. Eso me tiene admirada. Si dijiste á don García: "Digo que os quiere mi tia," con la seña concertada, que es decirle que lo quieres; cómo tan cobarde estás en lo demas, si es lo más declararse en las mujeres?

Leonor. Como las palabras son tan ligeras, las envía muy fácilmente, Mencia, á la boca el corazon; y más cuando no el intento pronunciaron declaradas; que les dió, el ir rebozadas del engaño, atrevimiento. "Digo que os quiere mi tia," dije; y pienso que si fuera

menester que le dijera:  
"yo os quiero," no lo diría.  
Y no debes, siendo así,  
admirar por cosa nueva  
que á ejecutar no me atreva,  
aunque á decir me atreví.  
Mil veces ya me arrojaba  
á recibir el papel;  
y tantas la mano d' él  
casi abierta retiraba.  
Ya del mismo portador  
la vergüenza me oprimía;  
ya de que álguien lo vería  
me refrenaba el temor.

¿Pues qué, cuando el alma piensa  
del pueblo las opiniones,  
de los deudos los baldones,  
de doña Clara, la ofensa?  
Allí es Troya: allí el temor  
corta á la esperanza el vuelo,  
y llueven montes de hielo  
sobre las llamas de amor.

Mencía. Que lo olvides me holgaré;  
que pienso que más ventura  
guarda el cielo á tu hermosura.

Leonor. ¿Por qué lo dices?

Mencía. La fé  
con que en amarte porfía  
el marques, me hace esperar,  
señora, que has de pasar  
de merced á señoría.

Leonor. ¿Qué locura!

Mencía. La locura  
es, siendo igual la nobleza,  
entender que su grandeza  
es digna de tu hermosura.

Leonor. En el príncipe más loco,  
los impulsos de afición  
centellas de rayo son:  
arden mucho y duran poco.  
Y del marques ni yo creo,  
ni aunque él lo diga, imagines  
que á justos y honestos fines  
encamine su deseo.

Mencía. Si Figueroa porfía  
que lleva puesta la proa  
en eso.....

Leonor. ¿De Figueroa  
haces tú caso, Mencía?

Mencía. Hace libros

Leonor. El papel  
echa mal.

Mencía. Pues por mil modos  
dice en ellos mal de todos.

Leonor. Y todos dellos y d' él.

Mencía. Pues él vive confiado.....

—Mas la que viene es tu tía.

ESCENA III.

DOÑA CLARA.—DICHAS.

D<sup>a</sup> Clara. Déjanos solas, Mencía.

Mencía. (Ap. á Leonor.) Entra en consejo de  
(estado. (Vase.)

D<sup>a</sup> Clara. Leonor, bien pienso que sabes  
quién eres.

Leonor. Bien sé que fueron  
Toledos y Figueroas  
blasones de mis abuelos.

D<sup>a</sup> Clara. Las muchas obligaciones  
entenderás, según eso,  
que con la sangre heredastes  
de tus pasados.

Leonor. Sí entiendo.

D<sup>a</sup> Clara. Bien conocerás, sobrina,  
con cuanto amor te deseo  
buena fama y buena suerte.

Leonor. Sí conozco, y agradezco.

D<sup>a</sup> Clara. Luego bien creerás que puedes  
fiar de mí tus secretos.

Leonor. Confiada estoy que en tí  
es más la amistad que el deudo.

D<sup>a</sup> Clara. Pues no me niegues, amiga,  
lo que preguntarte quiero,  
si es que miras por tu honor,  
y fias que haré lo mismo.

Leonor. Deja tantas prevenciones,  
y declárate. (Ap. ¿Qué es esto?  
¿Si ha entendido sus agravios?)

D<sup>a</sup> Clara. No me espantaré que haciendo  
siempre el amor su morada  
en los juveniles pechos,  
en tus años florecientes  
haya prendido su fuego:  
no por cierto, que también  
soy yo mujer, y amor tengo.  
Dime pues: ¿qué lugar tienen  
en tu afición los deseos  
del marques?

Leonor. (Ap.) ¡Gracias á Dios  
que hemos llegado al puerto!

D<sup>a</sup> Clara. Dí: ¿qué esperanzas le has dado  
ó qué favores le has hecho?

y él contigo, ¿qué fin lleva?  
¿Qué designios ó qué intentos  
significan sus palabras  
y pronostican sus hechos?  
Háblame claro, sobrina;  
que te va el honor en ello.

Leonor. Hay tan poco que decir,  
que no haré nada en hacerlo:  
él dice que me pretende  
para esposa, no lo creo;  
y ni favor ni esperanza  
le he dado: no hay más en esto.

D<sup>a</sup> Clara. Pues, sobrina de mis ojos,  
mira por tus pensamientos;  
que se obligan esperando,  
y se cautivan creyendo.  
Dase un reino á un rey extraño  
con que le guarde sus fueros;  
después que d' él se apodera,  
¿quién podrá obligarle á ello?  
Prometiendo matrimonio  
entra el amor en el pecho,  
y aunque después no lo cumpla,  
no hay para echallo remedio.  
Piensa que el marques te engaña,  
y no lo querrás con eso;  
que el que engaña ofende, y causa  
la ofensa aborrecimiento.  
Piensa que en sangre le igualas  
y aspira al tálamo honesto;  
que el estado y la fortuna  
no es ventaja entre los buenos.  
Si es verdadero su amor,  
si casarse es su deseo,  
tu esquivada y tu recato  
darán mas fuerza á su fuego;  
y si engañarte pretende,  
pruebe el rigor de tu pecho:  
darás lustre á tu nobleza  
y castigo á sus intentos.

Leonor. Aunque estimo tus avisos,  
casi corrida me siento  
sospechando que imaginas  
que yo necesito dellos.  
¿Qué indicios has visto en mí  
de livianos pensamientos,  
que nacen más que de amor  
tan cuidadosos consejos?

D<sup>a</sup> Clara. Ver que el marques multiplica  
diligencias y paseos,

y examina tus criados  
de tus dichos y tus hechos;  
centinela de tu vida,  
árgos de tus pensamientos;  
como te tengo á mi cargo,  
en tal cuidado me ha puesto;  
y más viendo que eres ave  
tan poco esperta en el vuelo,  
y en la region de la corte  
estrenas agora el viento.  
Que como pocos señores  
se ven en los otros pueblos,  
corren las recién venidas  
á la corte, mucho riesgo  
de pensar que es calidad  
que aumenta merecimientos,  
un amante señoría.

Leonor. Discretos son tus recelos,  
mas escusados conmigo.

D<sup>a</sup> Clara. Conozco tu entendimiento;  
pero nunca hicieron daño,  
aunque sobren, los consejos.

ESCENA IV.

REDONDO, de mujer, rebozado: después, MENCÍA  
Y FIGUEROA.—DOÑA CLARA Y LEONOR.

D<sup>a</sup> Clara. Mas ¿quién es esta mujer?—  
(Redondo da un papel á Leonor sin decir  
palabra.)

¿Hola! criados, ¿qué es esto?

¿Billete le da á mis ojos?

¿Hay mayor atrevimiento?

¿Hola! (Sale Mencía.)

Redondo. Tente, no des voces. (Descúbrese.)  
¿Á na mujer tienes miedo

D<sup>a</sup> Clara. ¿Es Redondo?

Redondo. Soy Redondo.

D<sup>a</sup> Clara. ¿Pues que disfraces son estos?

Redondo. ¡Ah, señora! Mucho mal:

el mundo al revés se ha vuelto.

D<sup>a</sup> Clara. ¿Cómo, Redondo?

Redondo. ¿No ves  
que ya los hombres son hembras?

D<sup>a</sup> Clara. Acaba, dime: ¿por qué  
en ese traje te has puesto?

Redondo. Porque el marques tu pariente  
no sepa que á hablarte vengo;  
porque sobre visitarte  
ha tenido con mi dueño

palabras harto pesadas.  
 D<sup>a</sup> Clara. Él está loco de celos.— (A Leonor.)  
 Mira el daño que el marques  
 con pretenderte me ha hecho,  
 pues que firme don García  
 en el primer pensamiento  
 de que soy el blanco yo  
 á quien miran sus deseos,  
 vino á encontrarse con él.  
 Redondo. (Ap.) ¡Bien entendeis el enredo!  
 D<sup>a</sup> Clara. ¿Y qué dice don García?  
 Redondo. Al pimpollo hermoso y tierno  
 de gallegos Figueroas  
 y castellanos Toledos  
 paga en este su papel,  
 y á tí te pide que luego  
 tomes, señora, la silla,  
 y en el lugar mas secreto  
 de San Sebastian lo aguardes,  
 para contarte el suceso,  
 y resolver destas cosas  
 el importante remedio.  
 D<sup>a</sup> Clara. ¡Hola!—Apercebid los mozos  
 (Sale Figueroa).  
 de silla al punto.—¿Que en esto  
 (Vase Figueroa).  
 por tí, sobrina, me vea!  
 Leonor. Yo, tía, ¿qué culpa tengo?  
 D<sup>a</sup> Clara. En tanto que me dispongo  
 para salir, ve leyendo.—  
 ¡Hola! el manto. (Vase Mencía).  
 (Abre el papel Leonor).  
 Leonor. (Ap.) ¿Si traerá  
 contraseña este decreto?  
 (Lee.) “El papel de vuesa merced puse  
 “descubierto sobre mi cabeza, y con la  
 “misma reverencia respondo.....”  
 (Ap. Bien está: la seña trae.)  
 D<sup>a</sup> Clara. ¿Qué te detienes?  
 Leonor. No acierto;  
 que escribe mal don García.  
 Redondo. Es propio de caballeros.  
 Leonor. [Lee.] “Respondo que pues vuesa mer-  
 “ced dice, sin rebozo, que su tía es y ha  
 “de ser mía, y no deseo otra cosa, he tra-  
 “zado como hoy se vea en la ejecucion la  
 “verdad: y advierto que si hoy falta la  
 “resolucion, mañana faltará la ocasion. Y  
 “guarde nuestro señor, etc.”  
 D<sup>a</sup> Clara. ¿Cómo, si está satisfecho,  
 celos al marques pidió?

¿Y cómo, si siempre yo  
 le dí la mano y el pecho,  
 duda mi resolucion,  
 y amenaza y desconfía?  
 Redondo. El amor temores cria  
 en la misma posesion.  
 (Vuelve Mencía con el manto de su ama.)  
 Mencía. La silla está apercebida.  
 D<sup>a</sup> Clara. (A Redondo.) Ve á visar á tu señor  
 que ya parto.—Adios, Leonor.  
 Leonor. Prospere el cielo tu vida.  
 Redondo. [Ap. á Leonor.] El cuerpo hurtaré á  
 que te importa mucho oírme. (tu tía;  
 Leonor. ¿No te vas?  
 Redondo. El despedirme  
 de un ángel me detenia.  
 [Vanse doña Clara, Mencía y Redondo.]

## ESCENA V.

LEONOR.

Tántale entre el manjar y la bebida,  
 en vano sigue el fruto que cercano  
 el labio toca hambriento, y sigue en vano  
 el agua que á la sed huye y convida.  
 Mas yo de mis deseos combatida,  
 (¿quién tal creyera?) en mal tan inhumano,  
 yo misma ¡ay triste! la medrosa mano  
 huyo del bien, al mismo bien asida.  
 Si de la vida pretendéis privarme,  
 temores y recatos, no es mi intento  
 sino ver declarada la vitoria.  
 Acabad de acabaros ó acabarme;  
 que bien sabrá morir en el tormento  
 la que sabe privarse de la gloria. [Vase.]

Sala en casa del marques.

## ESCENA VI.

EL MARQUES Y OTAVIO.

Marques. Desde la tierna edad, Otavio, han sido  
 un alma nuestras almas, y igualmente  
 la amistad con los años ha crecido  
 yo pienso que sacárades, ausente  
 de mí, en defensa de mi honor la espada.  
 Otavio. Hasta rendir la vida el pecho ardiente.  
 Marques. Pues ya es, amigo, la ocasion llegada,  
 en que la fé de vuestro hidalgo pecho  
 á tantas pruebas la mayor añada.

Otavio. Corrido estoy, por Dios, de que hayais  
 (hecho  
 para mandarme tales prevenciones.  
 Marques. Yo estoy de vuestras veras satisfecho;  
 mas es justo en tan grandes ocasiones  
 el fuego en las cenizas sosegado  
 despertar, y acordar obligaciones.  
 Si hubiera de pedir os que á mi lado  
 saliérades al campo á un desafío,  
 Venid, solo os dijera, confiado;  
 mas no sin causa agora desconfío,  
 cuando duro fiscal pretendo haceros  
 de ajeno honor, por conservar el mio;  
 que pienso que los nobles caballeros  
 solo por no tocar en honra ajena,  
 pueden romper de la amistad los sacros.  
 Otavio. No llame dura la más dura pena  
 quien con lengua insolente y atrevida  
 la ajena fama y opinion condena;  
 mas si puede marques, ser ofendida  
 la vuestra del recato, es bien que sea  
 en mi amistad á todas preferida.  
 Marques. Sabed, pues, que el amor de suerte em-  
 [plea  
 su fuerza en mí, que ya en mi pensamiento  
 no hay parte que su fuego no posea.  
 Resuelto estoy á declarar mi intento  
 hoy á Leonor, y con su blanca mano  
 dar venturoso fin á mi tormento.  
 Vos, que con ella el pueblo sevillano  
 desde la cuna honrastes hasta el dia  
 que partistes al suelo cortesano;  
 pues está en vuestra mano la honra mia,  
 debajo de la llave del secreto,  
 si de mi fé vuestra amistad lo fía  
 me decid si padece algun defeto  
 la fama de Leonor, porque yo deba  
 suspender destas bodas el efeto.  
 Habladme claro, Otavio, sin que os mueva  
 ni la aficion ni el deudo que le tengo,  
 á que en vos menos la verdad se atreva.  
 No á vos amante, sino honrado vengo:  
 mi sentimiento temeréis en vano,  
 pues para el desengaño me prevengo.  
 Imitad al experto cirujano  
 en quien para el remedio del doliente  
 tiene el pecho piedad, crueldad la mano.  
 Solo de vuestra lengua está pendiente  
 que yo ejecute mi intencion, Otavio,  
 ó que reprima la pasion ardiente.  
 Moved resuelto el oficioso labio,

advirtiendo que pongo ¡oh caro amigo!  
 mi honor en vuestros hombros ó mi agravio.  
 Otavio. Lo que os dije otras veces, que conmigo  
 comunicastes este mismo intento,  
 por verdad infalible agora os digo.  
 Creed que á no ser esto lo que siento,  
 la centella al principio os apagara,  
 antes de que os abrase el pensamiento;  
 el oculto peñasco os enseñara  
 sin ser de vos, marques, examinado,  
 y el timon en las manos os dejara;  
 que aunque solo ha de darse demandado  
 el consejo, entre amigos el aviso  
 se ha de dar, sin pedillo, al descuidado.  
 En cuantas tierras vió de Cipariso  
 el claro amante, y la púrpura Diosa  
 que el viejo esposo tan en vano quiso,  
 nunca opinion mas clara, ó mas honrosa  
 fama alcanzó doncella, que en Sevilla  
 la tuvo siempre vuestra prenda hermosa.  
 Gozad felix la octava maravilla  
 de virtud, de prudencia y hermosura,  
 del mundo asombro y honra de Castilla.  
 Marques. Mi honor con eso, Otavio, se asegura,  
 y mi amor se resuelve.  
 Otavio. El cielo mido  
 con su merecimiento su ventura.

## ESCENA VII.

RICARDO.—DICHOS.

Ricardo. Mi cuidado, señor, albricias pide.  
 En la silla salió la guardadora  
 vigilante del bien, que ver te impide:  
 sola queda Leonor.  
 Marques. Aunque, ya agora  
 resuelto á ser su esposo, se holgaria  
 Clara, los hurtos ama quien adora.  
 Á solas quiero ver la gloria mia.  
 Otavio. Bien decís; que vencer la resistencia  
 aumenta á los amantes la agría,  
 y minora los gustos la licencia. (Vanse.)

Sala en casa de Doña Clara.

## ESCENA VIII.

LEONOR Y REDONDO.

Leonor. Presto volviste.  
 Redondo. Escondíme  
 en un zaguan, y en pasando